

Vicente Ángel Álvarez Palenzuela
(coord.)

HISTORIA UNIVERSAL DE LA EDAD MEDIA

Ariel

Diseño de la cubierta: Joana Gironella

1.ª edición: noviembre 2002

© 2002: Vicente Ángel Álvarez Palenzuela (coord.)

Juan Abellán Pérez, Santiago Aguadé Nieto, Ana Arranz Guzmán, María Asenjo González,
Carlos de Ayala Martínez, Carlos Barquero Goñi, Prim Bertrán Roigé, Emilio Cabrera Muñoz,
Enrique Cantera Montenegro, Gregorio Caveró Domínguez, Ricardo Córdoba de la Llave,
Javier Faci Lacasta, Isabel Falcón Pérez, Javier García Turza, Luís García-Guijarro Ramos,
César González Mínguez, Miguel Ángel Marzal García-Quismondo, Fermín Miranda García,
Ángel Luís Molina Molina, César Olivera Serrano, Manuel Recuero Astray,
Manuel Rojas Gabriel, Flocel Sabaté Curull, Fernando Suárez Bilbao,
Julio Valdeón Baroque y Francisco de Asís Veas Arteseros

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:

© 2002: Editorial Ariel, S. A.
Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

ISBN: 84-344-6669-1

Depósito legal: B. 43.110 - 2002

Impreso en España

CAPÍTULO I

DESINTEGRACIÓN DEL IMPERIO ROMANO

por ANA ARRANZ GUZMÁN
Universidad Complutense

La caída del Imperio romano de Occidente en la época de las grandes invasiones germánicas, y con ello la transición de la Antigüedad tardía a la Edad Media, es uno de los temas que mayor interés ha suscitado entre los intelectuales occidentales, sobre todo desde que E. Gibbon entre 1772 y 1788 publicara su *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, defendiendo como claves principales de las mismas la difusión del Cristianismo y la barbarización del ejército, respectivamente.

A lo largo de estos tres últimos siglos los historiadores han esgrimido diferentes causas para explicar el proceso de desintegración del Imperio (naturales, socioeconómicas, religiosas, culturales o políticas), dando prioridad casi siempre a alguna de ellas. En la actualidad, se suelen subrayar tres aspectos por parte de los estudiosos del tema. En primer lugar, aceptar que en la caída del Imperio intervinieron al menos dos factores fundamentales, y en absoluto excluyentes: los conflictos internos de diversa índole y las invasiones bárbaras. En segundo, tender a valorar el hecho de que las distintas causas posibles del derrumbamiento no tuvieron la misma incidencia en cada una de las regiones del Imperio, ya que el último siglo romano en Occidente presentaba límites difusos de acuerdo con las variadas regiones y provincias; así, mientras que en algunas, como Baetica, Britannia, Gallaecia, Germania, Lusitania, Mauritania, Numidia o Panonia, el dominio romano efectivo apenas sobrepasó los primeros años del siglo V, en otras, como África, Galia, Ilirico, Italia o Tarraconense, se mantuvo durante gran parte de esta centuria. Y, por último, observar que si su caída oficial se produjo en el año 476, tras la deposición del último emperador romano de Occidente, la idea de Roma se intentaría mantener viva, adaptándola a las nuevas circunstancias históricas del Medievo. En definitiva, una realidad tan compleja como la que presentan los últimos tiempos del Occidente romano no puede comprenderse sin tener en consideración un buen número de acontecimientos de diferente origen, intensidad y alcance que, finalmente, desembocarían en la configuración de la Europa medieval. Por ello, hoy, con el deseo de conseguir una explicación más completa, se tiende a hablar de claves políticas, socioeconómicas o culturales, que en este capítulo hemos preferido sinteti-

zar en factores internos y externos, aludiendo en el primer caso a todas las realidades, desde institucionales a ideológicas, que desde dentro del Imperio fueron minando su curso y, en el segundo, a la entrada en escena de los bárbaros.

1. Factores internos

La caída del Imperio romano de Occidente se ha venido asociando tradicionalmente a la desaparición política del mismo en el año 476 con el destronamiento de su último emperador Rómulo Augústulo (denominado así en lugar de Augusto por su juventud) por Odoacro, rey de los hérulos, y al envío de las insignias imperiales por parte de éste a Constantinopla, al emperador romano de Oriente Zenón. Pero hoy no se otorga a este acontecimiento más que un valor anecdótico, ya que ni siquiera tuvo eco en la sociedad de la época, si lo comparamos con otros como el saqueo de Roma por Alarico en el año 410, que tanto impresionó a intelectuales como san Agustín (354-430), según se reconoce en su *De Civitate Dei*, y a la ciudadanía en general, que no dudó en creer que el fin de Roma había llegado.

Son muchas las dudas existentes todavía a la hora de precisar por qué entre las gentes, romanas y germanas, que vivieron el momento definitivo del desplome imperial, éste no suscitó el interés esperado. Recientemente se ha vuelto a exponer el tema por parte de G. Bravo Castañeda, quien llama la atención sobre la ausencia documental respecto a la deposición de Rómulo Augústulo hasta casi medio siglo después en la *Crónica* del «comes» Marcelino. El hecho cierto es que el destronamiento no causó la impresión entre los contemporáneos que hoy se podría esperar; quizá, por la ausencia de una verdadera literatura germánica que hubiera convertido el acontecimiento en gesta nacional; quizá, porque el suceso en sí carecía de trascendencia después de todos los vividos en las últimas décadas; quizá, sencillamente, porque la noticia hacía ya mucho tiempo que se presumía.

1.1. TIEMPOS DE CRISIS, TIEMPOS DE REFORMAS

Dentro de la trayectoria política del Imperio romano desde el gobierno de Diocleciano (284-305) hasta el 476 han de tenerse en cuenta varias circunstancias que explican la precariedad del Estado, pese a que fuera, sin embargo, desde finales del siglo III cuando además de ser conscientes de los problemas del Imperio se empezaran a adoptar una serie de medidas para intentar solucionarlos.

Desde Augusto (61-14 a.C.) hasta finales del siglo III se idearon diferentes fórmulas de gobierno con el propósito de mantener la estabilidad estatal. Sin duda, el Principado fue una de las más sobresalientes. Basado legalmente en el «consensus universorum», al recibir el poder del pueblo y del Senado, y representando un compromiso entre la República y la Monarquía, el Principado fue en la práctica una forma de poder autocrático en cuanto que su titular disfrutaba de poderes ilimitados al habersele reforzado la «auctoritas» o potestad ejecutiva. También desde Augusto se intentó encontrar la fórmula sucesoria ideal. Así, la transmisión del poder de unos emperadores a otros sufrió numerosas variaciones, que fueron desde su propio intento de educar

a un familiar concreto para desempeñar con posterioridad el cargo, hasta desembocar en la más original de todas ellas, la Tetrarquía de Diocleciano, pasando por el principio hereditario bajo los Flavios, la elección entre los mejores con los Antoninos, o el puro golpe de estado llevado a cabo por los generales fronterizos.

También tras la crisis del siglo III el Imperio intentó por todos los medios rehacerse en su marco político y administrativo. Para ello era necesario adaptarlo a las nuevas realidades económicas, sociales y culturales. Y en esta idea trabajaron, sobre todo, y de manera decidida, los emperadores Diocleciano y Constantino (307-337). En primer lugar, había que reforzar tanto la teoría como el ejercicio del poder. Así se pasará de concebir al emperador como un primer ciudadano a verle como un amo absoluto (*dominus*). Ya a comienzos del siglo III el jurista Ulpiano escribía: «*lo que el emperador decide tiene fuerza de ley*». Y, progresivamente, se subrayará el origen divino del poder imperial como fundamento que lo justifica. De esta forma Diocleciano entraba en comunión con la divinidad, recibiendo de Júpiter las cualidades sobrehumanas que precisaba para el ejercicio del poder. Constantino, por su parte, daría un paso más en la sacralización del poder imperial con el reconocimiento del Cristianismo. Las palabras de H. I. Marrou (1950) sintetizan esta evolución: «*Los emperadores del Alto Imperio podían creerse "dios", lo que sólo les servía para ponerse al nivel de los dioscellos del panteón politeísta. Los del Bajo Imperio, siendo hombres, reflejarán la majestad temible del Dios de Abraham*». De tal modo que el fundamento sagrado de su poder se hizo mucho más sólido. Al menos Teodosio (379-395) lo entendió así al declarar el Cristianismo religión oficial del Estado. Sin embargo, este objetivo resultaba de difícil cumplimiento en la parte occidental del Imperio, donde no existía la larga tradición oriental de sumisión a la autocracia sacralizada. En Occidente, además, se tenía que hacer frente a unas realidades distintas que impedirían el triunfo de tales ideas: una peor economía y, sobre todo, el ascenso del ejército al poder. Tras la muerte de Teodosio, en efecto, la difícil situación pondrá casi todo el poder en manos de sucesivos generales. La figura del militar que de los últimos escalones de la milicia llegaba a general con amplísimos poderes no fue excepcional. Personajes como Stilicón, Aecio, Ricimero u Odoacro así lo demuestran.

El ejército también vivió profundas transformaciones. Uno de los motivos que las originó fue el fin de las conquistas romanas y la distinta concepción que sobre el «*limes*» se iba a tener a partir de las presiones ejercidas sobre él por los bárbaros ya desde la época de Marco Aurelio. Hasta entonces la frontera se había concebido como una línea provisional dependiente de los sucesivos avances del Imperio, pero después se mostrará ya como una línea defensiva. Era necesario defenderse de los invasores, lo que conllevaba modificar el esquema militar y destinar al ejército mayores recursos, a pesar de que esto implicara la disminución de los dedicados antaño a otros objetivos, entre los que el lujo, en general, ocupaba un lugar destacado. Desde el punto de vista cuantitativo los resultados de este sacrificio social se dejaron notar, pasándose de 435.000 soldados con Diocleciano a 600.000 a finales del siglo IV. Lo mismo hay que decir respecto a la creación de un nuevo sistema defensivo por Constantino, completado mediante tratados (*foedera*) con los jefes germanos que actuaban como aliados del Imperio. Pero, a la larga, a lo que se iba a asistir era a una barbarización del ejército.

También con el propósito de enderezar el Imperio se modificaron los órganos po-

líticos y administrativos, desde el Senado de Roma, que vio perder su antiguo poder para limitarse a ratificar las constituciones imperiales, hasta las provincias que, numéricamente, pasaron de la cincuentena al centenar con Diocleciano. Pero la cada vez más compleja máquina administrativa, en donde los altos cargos tenían como máximo objetivo asegurarse una posición sociojurídica distinguida, y el funcionariado en general no se libraba de toda suerte de corrupciones, acabarían por hacer infructuosas las reformas. Asimismo, decayeron los gobiernos urbanos, y con ellos «*la mejor raíz del patriotismo romano y la fuente más fecunda de ideales políticos y ciudadanos del mundo clásico, de modo que el Imperio vino a reforzar su caparazón a costa de su médula sin crear otra nueva*» (M. A. Ladero, 1987). Los decuriones, integrantes del consejo municipal o curia, pertenecían al grupo de ciudadanos propietarios de tierras y de un determinado nivel de riquezas. Su cargo, hereditario, pasó de ser un honor a convertirse en una carga insoportable y odiada, a causa de la obligación que tenían de responder con su peculio del pago de los impuestos debidos por la población urbana. En cualquier caso, las curias, una institución milenaria, dejarían de reunirse a comienzos del siglo VII, cuando desde hacía ya dos siglos habían dejado de tener su clásica configuración y sus especiales competencias.

Primero con Diocleciano y luego con Constantino se llevaron igualmente a cabo los últimos intentos de reforma monetaria y financiera, empezando por el ejercicio de la regalía monetaria. Constantino creó la moneda de oro llamada «solidus» de 4,5 gramos, que sería modelo para las acuñaciones de los reinos germanos, y la moneda de plata que equivalía a 1/24 de solidus. Paralelamente, se adoptaron medidas para regular los precios de los productos y los salarios de los trabajadores (Edicto de Diocleciano del año 301). Desde el punto de vista fiscal, el Estado de los siglos IV y V, junto a la denominada «res privata» (tierras propiedad del titular del Imperio), los ingresos ordinarios y las regalías, hizo proliferar los impuestos extraordinarios que se cobraban en especie para mantener la «annonae» alimenticia de los soldados y las obras públicas. Diocleciano los regularizó a través de la «indicción» (cálculo anual de las necesidades de alimentos y materiales que el gobierno tenía, cuyo montante se repartía entre las tierras agrícolas de acuerdo con su rendimiento para cubrir así el total del presupuesto de gasto). A este impuesto, Constantino añadió el censo de la población agrícola o «capitatio». Sin duda, la «indicción» proporcionó unos sustanciosos ingresos a la Hacienda tardorromana, pero resultó aplastante para buena parte de la población.

Las reformas fiscales se completaron con otras medidas coactivas, adoptadas para organizar las fuerzas productivas mediante la adscripción hereditaria al oficio. A fines del siglo III, con Aureliano, se obligó a los artesanos a integrarse en corporaciones, los «collegia». Para asegurar los servicios indispensables y el abastecimiento de soldados y funcionarios el Estado acabó, asimismo, por organizar sus propias redes artesanales y mercantiles, minando con ello la libre iniciativa y, a la postre, provocando la regresión en la economía altomedieval.

La estratificación social también iba a resultar alterada desde el siglo III. En la cúspide se encontraba el orden senatorial, con una renta en torno a las 5.000 libras anuales. A él podían acceder gentes pertenecientes al estrato de los «honestiores» (decuriones, soldados, funcionarios, profesionales liberales). Por debajo se situaban los comerciantes y artesanos. El grupo de los poderosos cada vez se alejaba más del resto

de la población, los «humiliores», adscritos al oficio y con un salario en torno a 1/24 de solidus por día.

Las guerras civiles y defensivas, así como las diferentes medidas adoptadas por el Estado repercutieron en todos los ciudadanos, aunque no con la misma intensidad. Los grupos privilegiados lograron mantener su posición; las clases medias, pequeños propietarios y comerciantes, prácticamente, desaparecieron como tales. En el medio rural, el número de pequeños y medianos propietarios fue disminuyendo progresivamente. Las causas fundamentales, junto a la de las continuas fragmentaciones por vía de herencia, fueron la excesiva presión fiscal y el endeudamiento progresivo. Su pésima situación les llevó a buscar protección a través del «patronato», es decir, entrando en encomendación respecto a algún latifundista, a quien cedían sus tierras o parte de ellas, conservando el usufructo, a cambio de protección real tanto frente al fisco como frente a la violencia existente. También la situación de los campesinos no propietarios, arrendatarios o «colonos» se degradó a lo largo del siglo IV, al encontrarse adscritos personalmente al propietario de la tierra, quien podía perseguirles si huían y maltratarles físicamente. El colono, además, pagaba sus impuestos a través del propietario, y se hallaba incapacitado para litigar con éste en juicio, así como para enajenar bienes sin su consentimiento. Tales situaciones de dependencia no encajaban, sin duda, con el Derecho romano, al reducir a la mínima expresión las libertades, que como ciudadanos del Imperio debían disfrutar los campesinos, y asimilarles a un estado de servidumbre. El fin del Mundo Antiguo coincidió con el declive de la sociedad esclavista, pero el nacimiento de estos especiales lazos de protección y el desarrollo del colonato manifiestan hasta qué punto dicho declive no conllevó el triunfo del trabajo libre. La razón que explica esta nueva situación del campesinado es clara: la obsesión del Estado por retener la mano de obra que garantizara la cobertura de sus necesidades agrícolas y el cobro religioso de los impuestos.

Pero si el Estado romano tuvo claro el motivo para reducir a la nada las libertades del campesinado, también lo tuvo éste para mostrarse insolidario con el Imperio en los momentos de crisis, y llegar a protagonizar una serie de revueltas contra los grandes propietarios y, por supuesto, contra el Estado. La más popular de todas fue el movimiento «bagauda», que se extendió por parte de la Galia, los Alpes e Hispania, siempre retoñado cada vez que las autoridades romanas creían haberlo sometido. Salviano de Marsella en su *De Gubernatione Dei* ofrece un cuadro muy negativo de su tiempo, mediados del siglo V. El presbítero galo acusa a los ricos propietarios o patronos, a los recaudadores de impuestos y funcionarios en general de abusar sin pausa de los más humildes. El descontento generalizado de los campesinos y el clima de injusticia social conduce a Salviano a entender la revuelta campesina armada de los «bagaudas»: «Pues, ¿cómo extrañarse de que algunos se hayan hecho bagaudas si no es por nuestras injusticias, por la falta de honradez de los jueces, por las confiscaciones y robos de esos hombres que han hecho de la recaudación de impuestos y de las indicciones tributarias un beneficio personal?» Y, aunque distinto por encontrarse ligado a corrientes espirituales de signo rigorista, la rebelión de los «circumcelliones» del norte de África se encuentra dentro de la misma línea de hastío de unas masas populares que intentaban minar el asfixiante sistema político y socioeconómico del Imperio.

1.2. EXPANSIÓN Y CONSOLIDACIÓN DEL CRISTIANISMO

La difusión y consolidación del Cristianismo en el Imperio romano coincidió también con su periodo de decadencia, por lo que una parte significativa de los autores paganos de la época, así como algunos historiadores posteriores, desde el Renacimiento hasta nuestros días, se plantearon su grado de responsabilidad en el derrumbamiento final de tan alabada expresión política. El conjunto de los escritores de la Antigüedad tardía, aunque desde perspectivas distintas, coincidieron en observar que la integración del Cristianismo en la sociedad y en la vida política del Imperio supuso un cambio fundamental. Pero, mientras que para los historiadores paganos, como el acérrimo detractor de la política constantiniana Zósimo, la consolidación del Cristianismo fue decisiva en el derrumbamiento de Roma, para los cristianos, como el obispo de Cartago Cipriano (s. III), quien respondía de las acusaciones formuladas por el pagano Demetriano, las desgracias del Imperio no se debían al Cristianismo sino al envejecimiento imparable de un mundo ya decadente física y moralmente.

De acuerdo con las ideas de Zósimo, autores de los siglos XVI y XVII, y más de la Ilustración, acusaron al Cristianismo y a la Iglesia de haber dado muerte al racionalismo de la cultura clásica y haber impuesto la irracionalidad y la intolerancia frente a la religiosidad romana tradicional, que se fundamentaba en la aceptación de la diversidad de creencias y en la convicción de que sus prácticas religiosas resultaban indispensables para contar con el favor a la ciudadanía de las divinidades y para afirmar el espíritu cívico común. Ahora bien, el espíritu religioso en los últimos siglos del Imperio, además de su mayor complejidad, se encontraba en plena evolución. Por una parte, desde el paganismo comenzaron a preocuparse más por la suerte del creyente después de la muerte, de ahí que el culto a Mitra y en general los ligados a religiones orientales y a filosofías místicas adquirieran un gran desarrollo. En definitiva, el espíritu religioso del mundo mediterráneo tendió a ser «menos cívico y más místico» (J. Paul). Por otra, el paganismo del Imperio presentaba dos vertientes. Una, basada en la tradición religiosa clásica y representada fundamentalmente por los grupos aristocráticos, la clase senatorial, e intelectuales, como Celso con *La verdadera palabra*, o Porfirio con *Los quince libros contra los cristianos*, donde brillaron figuras como Símaco, Rutilio Namatiano, Pretextato o el emperador y filósofo Juliano el Apóstata (360-363), que despreciaban el bajo nivel intelectual del Cristianismo. Otra, los cultos campesinos de origen neolítico, elementales pero a la larga más resistentes, contra los que tendría que luchar la jerarquía eclesiástica altomedieval, y que se concretaban en fiestas y ritos asociados a fuerzas de la naturaleza o a objetos y lugares tales como montañas, bosques o encrucijadas de caminos.

El éxito de las religiones místicas orientales en el pueblo, y muy especialmente entre las tropas del ejército, dejaba un terreno abonado para la expansión del Cristianismo. No obstante, los autores cristianos trataban de presentar sus creencias, de raíz judía y mesiánica, como algo distinto, aunque no deja de ser significativo que designaran sus principales verdades de Fe bajo el nombre de misterios. Este terreno abonado permitió la difusión vertiginosa del Cristianismo pese a las persecuciones de Decio (250-251), Valerio (257-260) y Diocleciano (303-305).

Se han barajado diferentes interpretaciones para explicar la oposición presentada al Cristianismo por el Estado romano y una buena parte de los intelectuales de la época.

ca, siendo, quizá, la más contundente la de que la Iglesia se estaba convirtiendo en una institución que rivalizaba con el propio Estado. También han de tenerse en cuenta las acusaciones que se hacían a los cristianos, a raíz de la difusión del ideal ascético con su énfasis en la vida contemplativa, de abandonar las actividades cívicas y de procreación, en definitiva, de desatender el conjunto de los deberes sociales y con ello de contribuir en la desintegración del mundo clásico. Asimismo, se han presentado muchas razones para explicar el triunfo del Cristianismo: falta de homogeneidad religiosa en el Imperio; el carácter universalista del Cristianismo, por encima de peculiaridades regionales; el alto nivel moral y de solidaridad que presentaban los cristianos de la época; los mecanismos de la psicosis de angustia existente que arrastraba a las gentes a buscar más la fe que la razón; el fortalecimiento numérico e institucional cada vez mayor que presentaba la Iglesia, y un largo etcétera. Sin descartar ninguna de ellas, todo parece indicar que el llamado «Giro constantiniano», la conversión del emperador Constantino, y el trato de favor dado al Cristianismo a partir de ese momento, fue definitivo en su consolidación.

Sobre la conversión de Constantino al Cristianismo, así como sobre su grado de sinceridad y el momento en que se produjo existen numerosas dudas, lo que ha provocado continuos debates entre los historiadores. Así, por ejemplo, han destacado la ambigüedad religiosa y el oportunismo político del emperador; características que le habrían llevado a intentar conciliar los principios de la Fe cristiana con los de un paganismo todavía fuerte. De hecho, Constantino nunca renunció al título pagano de «Pontifex Maximus», y presidió los ritos paganos tradicionales en la fundación de Constantinopla. Pero fueran cuales fueran sus sentimientos y las condiciones que le llevaron a adoptar el Cristianismo, lo cierto es que contribuyó decisivamente a cambiar la historia del Imperio. Según la tradición, representada por su biógrafo el obispo Eusebio de Cesarea, Constantino se convirtió en el año 312 tras tener una visión providencial, que le anunciaba la victoria sobre la muerte antes de enfrentarse a su rival Majencio y quedar dueño de las provincias de Occidente. El intelectual pagano Zósimo, en cambio, en una línea marcadamente anticonstantiniana, en su «Historia Nueva» sitúa la conversión en el año 226, al ponerla en relación con la muerte de su hijo Crispo y de su segunda esposa, Fausta, de las que hace responsable al emperador:

Una vez que todo el poder había quedado en manos de Constantino solo, ya no ocultó en lo sucesivo la maldad que le era natural, sino que comenzó a actuar sin disimulos... Su hijo Crispo cayó bajo las sospechas de relaciones culpables con su madrastra Fausta y le hizo perecer sin tener consideración alguna de las leyes de la naturaleza... Consciente en su intimidad de sus crímenes y de su desprecio por los juramentos, consultó a los sacerdotes sobre la forma de expiar sus culpas. Mientras que éstos le respondieron que ninguna forma de purificación podría borrar tales impiedades, un egipcio venido de España a Roma y que se había familiarizado con las mujeres del palacio se encontró con Constantino y le aseguró que la doctrina de los cristianos concedía el perdón inmediato a toda falta.

Al margen de interpretaciones favorables o no, y del último intento serio de restauración pagana que llevaría a cabo el emperador Juliano (362-365), la conversión de Constantino supuso abrir la puerta a numerosas novedades surgidas del reajuste en las relaciones Iglesia-Estado. Un reajuste iniciado con el edicto de Milán del año 313, a

partir del cual los cristianos iban a disfrutar de la tolerancia estatal, pero que avanzaría mucho más y de forma rápida. Constantino ordenó que se devolvieran a la Iglesia las propiedades que le habían sido confiscadas durante las persecuciones; eximió al clero de pagar impuestos; confirió a los obispos autoridad judicial; autorizó a la Iglesia a recibir donaciones y a que sus templos fueran lugares de asilo; dispuso medidas ligadas al carácter humanitario del Cristianismo, como la prohibición de marcar esclavos con fuego o la crucifixión; inauguró la política de construcción de iglesias a expensas del Estado (San Juan de Letrán, basílicas de San Pablo, San Lorenzo y la primitiva de San Pedro). Pero, sin duda, el acontecimiento de mayores repercusiones fue su intervención en el Concilio de Nicea del 325, al suponer el primer paso dado en la intromisión del poder laico en los asuntos internos de la Iglesia, que tan larga e intensa trayectoria tendría a lo largo del Medievo. El Concilio, bajo su presidencia y con la asistencia de trescientos obispos, se reunió para resolver la controversia teológica arriana, iniciándose así la serie de concilios ecuménicos convocados por los emperadores que iban a ser instrumentos de sus respectivas políticas, siempre destinados a conseguir la unidad religiosa del Imperio, considerada imprescindible desde ese momento para la buena marcha de los asuntos del mismo.

Con la excepción de Juliano el Apóstata, los sucesores de Constantino fueron dando pasos decisivos para la expansión del Cristianismo y las relaciones Iglesia-Estado. El emperador Graciano dejó de ostentar el título pagano de *Pontifex Maximus* en el 379, retirando tres años después el altar dedicado a la Victoria en el Senado de Roma. Teodosio, con el edicto de Tesalónica (380) hizo del Cristianismo la religión oficial del Estado. En los años 392 y 393 se prohibieron, respectivamente, las manifestaciones públicas de culto pagano y los Juegos Olímpicos. El paganismo oficial y aristocrático recibía así los golpes más duros, quedándose reducido a las simples prácticas privadas en grupos cada vez más minoritarios y destinados a desaparecer. A partir de entonces los enemigos de la Iglesia iban a ser otros: las fisuras heréticas surgidas en el seno de la comunidad cristiana, entre las que el arrianismo desempeñaría un papel destacado por su éxito entre las poblaciones germánicas; y los brotes continuos de aquel paganismo rural y ancestral nunca vencido.

2. Factores externos: los bárbaros

El término «barbaroi», bajo el que se designaba a todos aquellos pueblos situados más allá de las fronteras políticas y culturales de la Hélade, fue heredado de los griegos por Roma, al igual que su carácter peyorativo, y su identificación con gentes en un estadio de civilización inferior. Esta imagen, así como la idea de la culpabilidad de los bárbaros en la crisis política que acabó con el Imperio romano caló profundamente en los ambientes humanistas, donde, por ejemplo, un Leonardo Bruni (1416) les concebía como el diluvio destructor de Occidente, o un Flavio Biondo (1452) identificaba el inicio de la decadencia del Imperio con el saqueo de Roma por Alarico en el año 410. Hasta llegar a un análisis más global y científico de los hechos fue preciso llevar a cabo un largo recorrido historiográfico entre los siglos XVIII y XIX. En él fue decisivo tanto la consideración de otros factores para explicar la decadencia del Imperio (Gibbon, Montesquieu), como la fascinación que despertaron los pueblos bárbaros en los

teóricos de los nacionalismos modernos y en el Movimiento Romántico, que les llevó a analizar, junto a sus mitos y leyendas, su peso en las transformaciones del mundo tardoantiguo (Hermanos Grim, Herder, Engels, Mommsen). En los últimos años se insiste en considerar las posturas historiográficas tradicionales como fruto de la aceptación ciega de los modelos creados por la Antigüedad, culpables de revertir a otros pueblos y culturas los problemas inherentes a la civilización clásica, «al necesitar contraponer ambos mundos para primero justificar las guerras de conquista y después ocultar los factores internos causantes de los conflictos y transformaciones del suyo propio, desviando, en suma, la opinión pública hacia planteamientos secundarios que implicaban a sus vecinos» (R. Sanz Serrano, 2001).

2.1. LOS PUEBLOS GERMANOS Y ROMA

La precariedad y subjetividad de las fuentes escritas sobre los germanos protohistóricos, todas además ajenas a su mundo, limita sensiblemente nuestros conocimientos sobre sus culturas, etnias, modos de asentamientos, gobiernos y formas religiosas y culturales. No obstante, gracias a ellas y a los cada vez más destacados trabajos arqueológicos sabemos de una primera cultura germánica al sur de Escandinavia y en la Península de Jutlandia, de su expansión por la costa sur báltica y por la gran llanura centroeuropea, así como de su llegada hacia el año 500 a.C hasta el curso inferior del Rin y sus contactos con los celtas, a costa de quienes se llevaron a cabo las migraciones germánicas entre los siglos III-I a.C hasta la conquista de la Galia por César (58-51 a.C.) y la organización del «limes» danubiano por Augusto (16-15 a.C.). Desde entonces hasta el siglo II los germanos dejaron de constituir un peligro serio para el Imperio. También corresponden a esta época las descripciones más famosas sobre sus costumbres, aunque no todo lo puntuales y objetivas que deseáramos, debidas, entre otras, a las plumas de César (101-44), Estrabón (63-21), Plinio el Viejo (23-79) o Tácito (54-120).

En la actualidad se suele hablar de tres momentos en las relaciones entre Roma y los pueblos germanos: el de conquista y colonización romana, en el que la guerra de fronteras con los bárbaros formaría parte del proceso de creación del Imperio; el de las migraciones de parte de las poblaciones germanas a las provincias imperiales, acompañados ya los guerreros de mujeres y niños, con un carácter casi siempre pacífico y con el deseo de servir a Roma, bien de manera individual como mercenarios, bien de manera colectiva mediante tratados para proteger el «limes» de otros pueblos; por último, el de las invasiones violentas protagonizadas por guerreros que guían a sus respectivos pueblos, siguiendo las directrices de un jefe común y cuyos desencadenantes podían ser varios: la presión de otro pueblo, el fracaso de los pactos con Roma, su traición o, sencillamente, la envidia y el deseo de vivir como los romanos. Pero en este último caso, la actitud de los bárbaros no siempre fue igual, ya que mientras que en unas ocasiones se limitaban a protagonizar simples «razzias», meras ocupaciones momentáneas de un territorio concreto con el único fin de llevarse el mayor botín posible para después marcharse a despojar otro, en otras, eran auténticos movimientos de población con el propósito de poseer y gobernar un territorio.

Antes, no obstante, de considerar las invasiones germánicas y el peso que tuvie-

ron en el derrumbamiento del Imperio Romano de Occidente, así como el desarrollo de este largo proceso que en su fase final, desde mediados del siglo IV, abarcaría casi un siglo, conviene saber quiénes eran estos bárbaros, cuál era a grandes rasgos su organización, a pesar de ser conscientes de las diversidades que presentaban los distintos pueblos integrantes del mundo germano.

El conocimiento de las grandes ramas dialectales permitió en su día una primera clasificación de estos pueblos: dialectos nórdicos o escandinavos, dialectos ósticos (gótico, burgundio, vándalo), dialectos wésticos (francos, alamanos, bávaros, lombardos), dialectos del Elba y del mar del Norte (anglos, sajones y frisones). Aunque todos estos pueblos conocían la agricultura sedentaria, sus formas económicas se hallaban ligadas fundamentalmente a la ganadería como principal fuente de riqueza, con una preferencia al ganado bovino por parte de los sajones y frisones, y hacia el equino por parte de los godos. La forma de ocupación del suelo era el poblado o *dorf*, con sus tierras de labor en torno al mismo y el sistema de reservas para futuras roturaciones o «marcas», más alejadas y utilizadas por ganaderos, cazadores y leñadores. Su artesanía sólo descuellaba en los ramos de metalurgia y orfebrería. La práctica mercantil era también rudimentaria entre estos pueblos acostumbrados más al autoconsumo y al trueque. No utilizaban la moneda, aunque la atesoraban por su valor en oro y plata. No obstante, por la influencia cada vez mayor del Imperio su comercio a través del *limes* llegó a tener un cierto peso, lo que ha llevado a considerar las funciones económicas de la línea fronteriza junto a las puramente defensivas. Los productos de intercambio eran, sobre todo, esclavos, pieles y ámbar germanos frente a manufacturas y metales preciosos romanos.

Su estructura social se fundamentaba en tres tipos de solidaridades. La primera era la *sippe*, o familia amplia, que aseguraba la protección de la parentela en torno al padre, quien ostentaba el *mund*, la autoridad o soberanía doméstica. Los varones llegaban a la mayoría de edad a los quince años, cuando eran armados ante la asamblea de guerreros; las mujeres quedaban bajo la tutela paterna hasta su matrimonio. En la familia, las esposas legítimas tenían un cierto relieve en cuanto guardianas de la tradición, así como un contrato matrimonial y las prestaciones económicas del esposo (arras). La segunda era la tribu, y la tercera el *gau* o pueblo, formado por un conjunto de tribus y con un jefe común, que resultaba elegido durante la celebración de las reuniones anuales de sus guerreros o *thing*. A estas asambleas, convocadas en lugares a los que casi siempre se les confería poderes sagrados, les correspondía, además de la elección de su jefe, funciones judiciales y la llamada a la guerra. Por encima del pueblo podía haber confederaciones de varios de ellos y más o menos duraderas bajo la guía del más poderoso militarmente. La posición del individuo dependía, por tanto, de esta red de solidaridades, y no sólo respecto a su condición de libre, semilibre o esclavo, sino también en función del lugar ocupado dentro de la aristocracia que fue creándose de entre los varones guerreros y libres, a menudo cabezas de la «*sippe*», dueños de tierras y ganados y encauzadores de la vida político-militar.

En torno a los titulares de esta aristocracia se formaron clientelas militares de hasta doscientos guerreros ligados a su jefe por vínculos personales de fidelidad. El carácter militar de la sociedad germana y las especiales relaciones que se establecían entre el jefe y sus guerreros fueron perfectamente descritas por Tácito en su *Germania*, a pesar de que a este historiador le interesara más dar lecciones morales a su propia sociedad que describir objetivamente las costumbres de los bárbaros:

El haber abandonado el escudo es la principal vergüenza, y al que ha cometido tal afrenta no se le permite asistir a los actos religiosos ni a las asambleas: muchos supervivientes de la guerra pusieron fin a su infamia ahorcándose... Llevan a cabo todos sus asuntos públicos y privados sin despojarse de las armas. Pero tienen la costumbre de que nadie las tome antes de que se le haya considerado apto para llevarlas. Entonces, en la misma asamblea, alguno de los jefes, o el padre o los parientes arman al joven con el escudo y la frámea... En el campo de batalla es vergonzoso para el jefe verse superado en valor y vergonzoso para la comitiva no igualar el valor de su jefe. Pero lo infame y deshonroso para toda la vida es haberse retirado de la batalla sobreviviendo al propio jefe; el principal deber de fidelidad consiste en defender a aquél, protegerlo y añadir a su gloria las propias gestas: los jefes luchan por la victoria, sus compañeros, por el jefe.

La calidad guerrera y el sentido de la lealtad personal hacia el jefe acabarían convirtiéndose en elementos trascendentales de la sociedad medieval. Los jefes más destacados podían ser elegidos para dirigir la guerra y alcanzar, incluso, la consideración de reyes del pueblo en armas, bajo cuya guía se federaban los distintos aristócratas con sus respectivos séquitos de guerreros. Pero paralelamente a esta forma de realeza militar, dependiente de la elección coyuntural, los pueblos germanos conocieron otra forma —algunos más tardíamente como los sajones— cimentada en el supuesto origen divino del linaje, cuyos miembros podían ostentarla, que tendía a ser dinástica, y en torno a la cual se formaban las grandes confederaciones de pueblos, como ocurrió durante las grandes migraciones. Por debajo de la gran masa de población libre se hallaban los semilibres, miembros de tribus germanas sometidas, y los esclavos, domésticos o agrícolas, de origen diverso (cautivos de guerra, nacidos de padres esclavos, por deudas...).

Respecto al Derecho, los germanos carecían de norma escrita. Tenían un Derecho consuetudinario de transmisión oral, aunque por la influencia de Roma acabarían por codificarlo. Mantuvieron elementos de Derecho personal y territorial. Se dejó gran parte de la competencia de la justicia a la familia, ya que a ella pertenecía la responsabilidad colectiva y la venganza de sangre; también a ella correspondía dar cuenta de los delitos, jurar la inocencia de una persona, y el pago o cobro de las multas judiciales. Asimismo, en ocasiones, el Derecho germánico previó la convocatoria de un combate para determinar la culpabilidad, así como el juicio a través de la ordalía; métodos que a pesar de su primitivismo iban a subsistir en algunas partes de Europa hasta la plenitud medieval.

Sus creencias religiosas se basaban en la concepción del universo como un gran campo de batalla, en donde los diferentes dioses y fuerzas naturales medían sus fuerzas. Junto a las deidades de la fecundidad y los fenómenos atmosféricos (Niord, Frey, Freya) se encontraban los dioses de la estirpe, destacando Wotan u Odín, dios de los muertos, la magia y la guerra, y Thor, dios del trueno y protector de los campesinos. El culto a objetos o lugares considerados sagrados —montañas, bosques, fuentes—, así como a los días de luna llena o a los comienzos de los solsticios fueron frecuentes. Lo mismo hay que decir respecto a las celebraciones de fiestas con sacrificios de animales y danzas en honor de los dioses de cada tribu tras una victoria militar, y de la construcción de templos con ídolos de madera o metal. Varias de sus formas religiosas paganas iban a subsistir, incluso, tras su cristianización, como lo demuestran textos tan reveladores como el *De correctione rusticorum* de san Martín de Braga

(518?-575?), en donde, entre otras muchas supersticiones populares aún vigentes en el siglo VI, se señalan: la veneración de ratones y polillas, la utilización de hierbas para encantamientos, encender velas junto a piedras, árboles o encrucijadas, o la invocación a Minerva mientras se teje.

Uno de los pasos más relevantes en el proceso de integración de los germanos fue su aceptación del Cristianismo ortodoxo. El paso de los ya arrianos al catolicismo marcó un momento clave en la historia de pueblos como los visigodos. Pero aún más decisivo, y también más complicado, fue el paso directo del paganismo al catolicismo de francos o anglosajones. Así, pese a que la conversión de Clodoveo (497) implicó la de su pueblo con el bautismo en el mismo día de tres mil guerreros francos, lo cierto es que la mayoría de ellos no recibieron instrucción cristiana alguna. El resultado fue que su conversión formal no conllevó la renuncia a sus antiguos dioses, lugares sacros, o ancestrales costumbres religiosas, y el paganismo, aunque no nominalmente, iba a mantener buena parte de sus formas y ritos, en especial, en el medio rural. Esta amalgama de paganismo y Cristianismo explica que, aunque en el siglo VIII y posteriores, personajes como Carlomagno (768-814) consideraran oportunas las conversiones forzosas, a sangre y fuego, otros, de mayor talla intelectual y de propósitos fundamentalmente evangélicos, como el papa Gregorio Magno (590-604) pensaran que las únicas conversiones firmes y duraderas tenían que llevarse a cabo con especial cuidado, sin intentar arrancar en un día las creencias acumuladas y vividas por estas gentes durante siglos; sin que fueran, en definitiva, traumáticas. Así se fueron cristianizando gradualmente algunos elementos paganos, dando, por ejemplo, interpretaciones cristianas a sus antiguas narraciones, o construyendo iglesias sobre templos o lugares paganos, o haciendo de muchas de sus divinidades nuevos santos protectores. La carta dirigida por Gregorio Magno en el año 601 a los misioneros que había enviado para evangelizar a los anglosajones evidencia la postura del Pontificado bajo su gobierno:

Es a saber, que los templos de los ídolos de ese país no deben ser destruidos, sino solamente los ídolos que están en ellos; prepárese agua bendita y rociense con ella esos templos, constrúyanse altares, colóquense reliquias: pues si esos templos están bien contruidos es de necesidad que se transformen del culto de los demonios al servicio del verdadero Dios; pues la gente no debe ver sus templos arruinados, para que más de corazón abandone su error y esté mejor dispuesta a acudir a los lugares que acostumbraba a conocer y a adorar al verdadero Dios. Y puesto que están acostumbrados a matar muchos bueyes para sacrificarlos a los demonios, se les deberá conceder también a cambio alguna solemnidad: en el día de la festividad o de la muerte de los santos mártires cuyas reliquias se coloquen allí, hagan arcos de ramas de árboles en torno a las iglesias que son templos transformados, y hagan juntos una fiesta solemne de carácter religioso; y que no sacrifiquen más animales al diablo, sino que, en honor de Dios, los maten para su propia recuperación, que mientras se reservan algunos goces externos, puedan ser más fácilmente llevados a aceptarlos goces interiores. Pues es sin duda imposible arrancar de una vez todos los abusos de unas mentes endurecidas, así también el que ve que tiene que subir a un sitio muy alto, lo hace por grados o por pasos y no a saltos.

También la epopeya germánica, clasificada por G. Reynold en varios ciclos (ostrogodo, franco, burgundio, lombardo, aquitano, hispanovisigodo, huno, germanos del mar, sagas escandinavas), y cuyos orígenes se remontan al siglo III, acabaría fundiéndose con otras tradiciones y narraciones en buena síntesis de elementos paganos y

cristianos, como en el poema de «Beowulf». Y algo parecido hay que decir respecto a su arte; un arte tendente a la abstracción frente al realismo romano, y de cuya unión surgieron las obras de escultura y de iluminación de manuscritos durante el Medievo.

2.2. LAS GRANDES MIGRACIONES DEL SIGLO V

L. Musset mencionó la existencia de tres grandes oleadas migratorias de los pueblos germanos sobre Europa desde el año 375 con la invasión de los hunos hasta el 568 con el asentamiento de los lombardos, aunque subrayando la mayor profundidad de la primera, así como su superior impacto traumático en la población romana.

La situación de estos pueblos frente al «limes» imperial antes de que en el 375 los hunos emprendieran su marcha hacia Occidente era la siguiente: el río Dniéper constituía la frontera entre las dos principales ramas del pueblo godo, los visigodos instalados en Dacia y los ostrogodos en el Ponto y actual Ucrania. En esta época, Ulfila (310-380), consagrado obispo en el año 340, creó su alfabeto, tradujo la Biblia al gótico e introdujo la Fe arriana entre ellos. La confederación de los alamanos, en la que existía un claro predominio suevo, se hallaba instalada en los cursos medios del Elba y del Saale. Los burgundios ocupaban el valle de Main y las zonas próximas al Rin al este de Maguncia, y los turingios al este del Elba. Los francos, por su parte, estaban asentados en la orilla derecha del Rin Inferior. Los sajones ocupaban la zona entre el Elba y el Ems, los frisones, al oeste de este río, conviviendo con anglos y warnos; los quados, en Moravia. Las tribus vándalas de asdingos y silingos se establecieron en la llanura húngara, al norte del Danubio y en la Silesia media. Finalmente, los lombardos emigraron desde el Elba a Panonia en el siglo v.

En el desencadenamiento final de las grandes migraciones de estos pueblos fueron fundamentales las alteraciones y posterior presión de los pueblos nómadas de las estepas rusas, en concreto de los hunos que, tras vencer a alanos, ostrogodos y visigodos, desde el 375 dominarían las estepas del Don y el delta danubiano, encabezando una confederación de pueblos.

En el año 376, los visigodos, presionados por los hunos, atravesaron el Danubio. Al emperador Valente no le quedó otro remedio que aceptarlos y mantenerlos a cargo de la *annona*. Pero el mal funcionamiento del sistema de abastecimientos al que se hallaban supeditados, así como los abusos perpetrados por funcionarios y mercaderes romanos provocaron su sublevación y posterior victoria sobre las legiones romanas en la batalla de Adrianópolis (378), donde murió el propio emperador. Los visigodos se dispersaron entonces por los Balcanes, sembrando el pánico entre la población. Sólo la actitud de Teodosio I (379-395) iba a lograr provisionalmente la paz. El nuevo augusto, de origen hispano, llevó a cabo un pacto con el pueblo godo en el año 382, instalando a los ostrogodos en Panonia como federados del Imperio y a los visigodos en Mesia Inferior. El *foedus* les convertía en tropas al servicio de Roma a cambio de recibir provisiones a cargo de la *annona*. Sin embargo, las rapiñas por Tracia y Macedonia fueron frecuentes en los años inmediatos cada vez que las provisiones escaseaban o que se deseaba presionar al emperador con el fin de que otorgara nuevas concesiones y honores a sus jefes. A pesar de ello la situación pudo mantenerse hasta la muerte de Teodosio. Tras su desaparición, el acuerdo, que conllevaba no la fidelidad de los go-

dos al Estado romano sino a la persona del emperador, quedó roto. A su muerte el Imperio se dividió entre sus hijos: Arcadio recibió Oriente y Honorio, Occidente. Este último, por su corta edad, cedió de hecho el poder a un militar de origen vándalo, Stilicón, quien tuvo que enfrentarse continuamente a los ataques de los bárbaros, en especial a los protagonizados en Tracia y Macedonia por el visigodo Alarico, sin duda, el caudillo más relevante del momento.

En el año 405 grupos de ostrogodos, vándalos y alanos entraron en Italia. Aunque Stilicón consiguió aniquilar a la mayoría, a Honorio no le quedó otro remedio que trasladar su corte a Rávena. El 31 de diciembre del 406 los suevos, vándalos y alanos lograron romper la frontera del Rin y extenderse por las Galias. La apertura de este nuevo frente bélico y el asesinato de Stilicón en el 408 iban a dejar desprotegida a Italia durante algún tiempo. Su falta de defensa fue aprovechada por Alarico y sus guerreros, quienes llegaron a asediar Roma en tres ocasiones hasta su toma final (410). El incendio y saqueo de Roma provocaron un hondo impacto psicológico en todo el orbe romano, ya que la ciudad se había mantenido inviolada desde la invasión celta acaecida ocho siglos antes.

El enorme impacto que produjo el saqueo de Roma abrió una profunda polémica entre autores cristianos y paganos, destacando en ella las reflexiones vertidas por San Agustín en su *De Civitate Dei*. Pero Alarico no tenía intención de permanecer en Italia, sino pasar al norte de África. Su muerte, poco antes de que terminara el año, acabaría con su sueño a la par que iba a abrir un nuevo periodo en el caminar del pueblo visigodo. En efecto, su sucesor Ataúlfo decidió remontar la Península itálica y asentarse en el sur de la Galia. Su objetivo y el de sus inmediatos sucesores no era ya la destrucción del Imperio, sino llegar a un entendimiento, a una política de amistad, con las autoridades romanas. En este contexto hay que situar tanto el matrimonio de Ataúlfo con la hermana del emperador, Gala Placidia (414), prisionera de los visigodos desde el saqueo de Roma, como el *foedus* suscrito por el rey Walia con el Imperio (418), por el que quedaban asentados de manera estable al sur de la Galia, entre Toulouse y el Atlántico, a cambio de combatir el bandolerismo rural, los «bagaudas», y luchar contra los suevos, vándalos y alanos que habían entrado en Hispania en el 409. De esta manera nacía el primer reino bárbaro en tierras del Imperio.

En el otoño del año 409 los vándalos, suevos y alanos atravesaron el Pirineo. Durante dos años la Península ibérica sufrió sus depredaciones, a las que se sumaron el hambre y la peste, según relató el obispo de Aquae-Flaviae, Hidacio (388-470) en su *Crónica*, que abarca los años 409-468. Sólo desde el año 411 estos pueblos iban a comenzar a instalarse de un modo permanente. Los suevos se acantonaron en Gallaecia, así como los vándalos asdingos; los alanos se desperdigaron por la Cartaginense y Lusitania, y los vándalos silingos en la Bética. El número de invasores fue pequeño: unas 200.000 personas, de las cuales sólo 56.000 podían ser considerados guerreros útiles. Pero la resistencia en Hispania era escasa por la ausencia de tropas romanas, limitándose las autoridades peninsulares a mantenerse en la Tarraconense.

Por el *foedus* del 418, Walia, además de devolver a Gala Placidia, se había comprometido, como ya se ha señalado, a hacer la guerra a estos pueblos. Los resultados no tardaron en llegar, al vencer en seguida a los alanos y a los vándalos silingos. Los supervivientes se sometieron a la autoridad de Gundérico, rey de los asdingos. En el 419 estalló la guerra entre los suevos gobernados por Hermérico y los vándalos de

Gundérico. Éstos, finalmente se trasladarían a la Bética (420). La década de los años veinte coincide con la prolongada minoridad del emperador Valentiniano III (423-455) y con los años de predominio vándalo. Ni el emperador, ni Aecio, el militar que llevaba sobre sus hombros la defensa del Imperio, pudieron impedir que los vándalos señorearan a su antojo por la Península ibérica. Derrotaron al ejército romano en la Bética, donde definitivamente iba a perder su ya menguado prestigio. La *Crónica* de Hidacio relata, entre otros acontecimientos, la devastadora expedición vándala a las Baleares. Pero la muerte de Gundérico y la subida al trono de Gensérico iban a cambiar, sin embargo, el curso de los acontecimientos. El nuevo caudillo vándalo decidió reunir a su pueblo, unas 80.000 almas, y cruzar el estrecho de Gibraltar en el año 429. Ocuparon el África proconsular y sus áreas próximas en los primeros años. Entre el 439 y el 440 tomaron Cartago y amenazaron Sicilia. Roma perdía con ello su más importante granero. A Roma, incapaz ya de reaccionar militarmente, no le quedó otro remedio que admitir la existencia de un nuevo reino bárbaro, el de los vándalos en el norte de África. También tuvo que reconocer su dominio sobre Baleares, Córcega y Cerdeña, y sufrir el inicio de las violentas persecuciones de la población romana de la zona y el declive de su comercio en el Mediterráneo.

Tras la salida de los vándalos, en Hispania sólo permanecía ya un pueblo bárbaro, el de los suevos. Instalados en Gallaecia, éstos habían creado un reino propio bajo la dirección de Hermérico, quien, según San Isidoro les rigió entre los años 409 y 438. Cuantitativamente no serían más de 30.000 almas. Braga era su capital, así como la residencia de sus monarcas. También ocuparon la plaza fuerte de Oporto, mientras que ciudades como Lugo o Coimbra permanecieron en manos de aristocracias locales. Las relaciones entre ambas comunidades étnicas fueron a menudo difíciles, incluso violentas, aunque salpicadas de largos intervalos de paz, coincidentes con los años de expansión sueva por la Península. Dicha expansión fue protagonizada por dos de sus monarcas: Rékila (411-448), quien conquistó Mérida y Sevilla, y su hijo Rekiario, quien penetró en el valle del Ebro, aprovechando la complicada situación por la que atravesaba la zona como consecuencia de un nuevo brote bagaúdico.

En el año 436, los burgundios, tras una lenta marcha iniciada en la zona de Brandeburgo, acabaron asentándose en la cuenca del Ródano como federados del Imperio. Contaron con núcleos importantes, como Lyon y Ginebra. Pero se trataba de un reino débil, debido en buena medida a su propia situación geográfica de encrucijada de caminos. Su época más floreciente coincidió con el gobierno de Gundobaldo (480-516), quien mandó compilar su Derecho. Pero los francos, tras varios intentos fallidos, acabarían conquistando su reino tras la victoria de Autun (534), del mismo modo que pocos años antes, en el 431, habían ocupado el reino de Turingia.

Dentro de las calificadas por L. Musset de invasiones marítimas destacan las protagonizadas por anglos, jutos y sajones en torno al año 450 sobre las Islas Británicas. Las Islas habían sido abandonadas por las legiones romanas hacía ya casi medio siglo cuando acudieron a la Galia en el 406 para su defensa, y a participar en la guerra civil entre Honorio y Constantino III. Las consecuencias de tal decisión fueron inmediatas: ausencia de defensas imperiales en las Islas; desaparición de la vida urbana; reaparición de las costumbres prerromanas-célticas. Los caudillos bretones, jefes de clanes que aglutinaban entonces el poder local, intentaron resistir el empuje de los invasores. Pero, paralelamente, los pueblos precélticos, como los pictos de Escocia y los escotos

irlandeses, aprovecharían el vacío de poder político existente para presionar también. A los bretones no les quedó otro remedio que emprender sus propias migraciones hacia Gales, Cornualles, la Península Armoricana y Galicia. Aquí, cerca de Mondoñedo, fundarían la sede episcopal de Britonia. Todas estas zonas se convertirían a lo largo del Medievo en fuertes bastiones del celtismo.

2.3. ATILA

Entre los años 450 y 451 tuvo lugar la mayor prueba de fuerza no sólo para el Imperio romano, sino también para los pueblos germanos ya asentados y parcialmente romanizados: la invasión de los hunos. Este pueblo de las estepas, que hasta el año 405 había estado asentado provisionalmente en las llanuras de Ucrania y Rumania, contaba ahora con un caudillo excepcional, Atila, «el azote de Dios» (441-453). Las descripciones que han quedado sobre la ferocidad de los hunos y de su jefe de un Amiano Marcelino o de un Jordanés no dejan lugar a dudas: «*un hombre nacido para saquear el mundo y aterrorizar la tierra*». Hasta el año 450 Atila había dirigido sus incursiones hacia el Imperio de Oriente, al que no le había quedado otro remedio que pactar un tributo anual. Pero desde esta fecha Occidente pasaría a ser su objetivo fundamental. En su cambio de actitud debió pesar, sin duda, la propuesta que le hizo Honoria, la hermana del emperador Valentiniano III. Las fuentes de la época son parcas al respecto, pero parece ser que el desencadenante de los acontecimientos fue la orden imperial de arresto y posterior decapitación de Eugenio, amante de Honoria, por estar convencido Valentiniano III de que ambos habían urdido un complot contra su persona para hacerse con el poder. En la primavera del 450 Honoria, ante el compromiso matrimonial con otro hombre que se le había impuesto, envió a su fiel eunuco Jacinto ante Atila con una carta, una fuerte suma de dinero y su anillo. Para el caudillo huno el mensaje de Honoria era una suerte inesperada porque, al margen de que el anillo pudiera significar tan sólo una simple prueba de autenticidad, él lo iba a interpretar como una petición-promesa de matrimonio.

No se sabe cuándo Atila dio a conocer su situación de «prometido» de Honoria. Es probable que fuera al regreso de Jacinto. El eunuco fue detenido en la frontera y torturado hasta que reveló el contenido de su misión, antes de ser decapitado. Teodosio II, pocos días antes de morir, envió inmediatamente un mensaje a Valentiniano III, aconsejándole la entrega de su hermana a Atila para no darle pretexto alguno sobre mayores peticiones. La embajada de Atila a la corte de Rávena en defensa de su «esposa» no se hizo esperar. Es imposible saber qué pasó por la mente del huno, pero la empresa se mostraba sugestiva: liberar y casarse con la princesa perseguida y, además, entrar en la romanidad de un modo muy distinto al del resto de los pueblos bárbaros. Atila, apoyado por la fuerza de sus guerreros, solicitó para sí y su prometida la mitad del Imperio de Occidente, la Galia. En los primeros meses del año 451, desde Panonia, Atila con un destacado ejército —estimado exageradamente por sus aterrorizados contemporáneos en medio millón de hombres— atravesó el Rin e inició el asedio de Orleans. Después buscó la resolución de la guerra en un enfrentamiento decisivo. Fue la batalla de Campus Mauriacus (el legendario encuentro de los Campos Cataláunicos) donde una coalición militar encabezada por Aecio y Teodorico, y compuesta, se-

gún Jordanés, por romanos, visigodos, burgundios, francos ripuarios y salios, sajones del Alto Loira, alanos y armoricanos le derrotaron. De lo acaecido en la batalla apenas se sabe nada; incluso, las descripciones de la muerte en ella de Teodorico no coinciden. De lo que no hay duda, en cambio, es de que Aecio finalmente alejó a los adversarios más peligrosos de Atila para permitir su retirada de la Galia sin dificultades, quizá con el deseo de renovar las relaciones de amistad con los hunos y así poderles utilizar en el futuro como fuerza de contención frente a otros enemigos del Imperio.

Aecio, sin embargo, no había tenido en cuenta la posibilidad de que Atila se siguiera mostrando tenaz a la hora de exigir la entrega de Honoria, como así ocurrió. Al año siguiente irrumpió en el valle del Po, saqueando Aquilea, Padua, Vicenza, Verona, Brescia, Bérgamo y Milán. Se han aducido dos motivos de desigual relieve para explicar que Atila no emprendiera la conquista de Roma. Uno, que los chamanes le desaconsejaron esta operación, recordándole el ejemplo de Alarico, muerto al poco tiempo de llevar a cabo el saqueo de la ciudad. Otro, la embajada romana encabezada por el papa León I, quien le habría convencido para no penetrar en la capital, quizá con la promesa del envío de Honoria y del pago de algún tributo. La realidad histórica de la embajada está fuera de discusión, a pesar de que el Pontífice no la mencionara en ninguno de sus escritos. Las fuentes que recogen la entrevista en el río Mincio están llenas de leyendas, en las que San Pedro y San Pablo ocupan un lugar destacado. Pero lo realmente relevante es, por un lado, que Aecio y el emperador confiaran la embajada a León I, lo que demuestra la consolidación cada vez mayor del poder espiritual frente al de un Imperio próximo a derrumbarse; y, por otro, que Atila, inesperadamente, se dejara persuadir y se retirara. No obstante, en la decisión del caudillo huno debieron repercutir dos hechos más: que el emperador de Oriente, Mauricio, estaba atacando sus cuarteles en Panonia; y el cansancio de las tropas hunas, molestas además por la lejanía de su base de operaciones y las epidemias que las estaban diezmando. Como conclusión no puede decirse otra cosa que la campaña de Italia no le reportó beneficio alguno: no existe referencia a la entrega del posible tributo prometido; Honoria no le fue entregada; el saldo de muertos se ha calculado en varios millares.

En el año 453, nada más regresar a Panonia, Atila se apresuró a preparar el ataque contra el emperador de Oriente por haberse negado a pagar los tributos acordados con su antecesor Teodosio. Pero su muerte, ocurrida durante la noche de bodas con una nueva esposa, la germana Ildico, a causa de un nuevo ataque de epistaxis, enfermedad que sufría desde hacía años, pondría fin a sus propósitos y llevaría la tranquilidad a Constantinopla y también a Occidente. Con su muerte la disgregación del conglomerado de pueblos y grupos que le obedecían fue fulminante. El temible y heterogéneo Imperio de los Hunos había desaparecido.

2.4. EL FINAL POLÍTICO DEL IMPERIO ROMANO DE OCCIDENTE

La muerte de Atila, sin embargo, no iba a significar más que un levisimo respiro. La inestabilidad del poder romano se acentuaba progresivamente: Valentiniano III mandaba ejecutar a Aecio pocos meses después, y el propio emperador moría asesinado en el año 454.

En las décadas siguientes, hasta el destronamiento del último emperador romano

de Occidente, Rómulo Augústulo, en el año 476, fue consumándose la descomposición del poder imperial, convertido ya en una pura ficción. De hecho, el poder se encontraba reducido a una parte de Italia. La presencia vándala en África, el principal granero de Roma, y en el Mediterráneo occidental dificultaba enormemente el aprovisionamiento triguero de la capital. La propia Roma, que ya había cedido su papel de corte a Rávena, era asaltada por los vándalos en el año 455, sin que ninguna autoridad civil o eclesiástica pudiera detener entonces el empuje bárbaro como lo había conseguido poco antes León I con Atila.

Tras la desaparición de la dinastía Teodosiana, los siguientes titulares del Imperio de Occidente carecieron de fuerza y prestigio, depositando el poder de hecho en los grandes jefes militares de ascendencia germánica. Entre ellos destacaron Ricimero, quien ostentó el poder entre los años 456 y 472, y Odoacro, nombrado rey por las propias tropas imperiales, quien lo mantuvo hasta la entrada de los ostrogodos en Italia en el año 489. Sólo el emperador Mayoriano (457-465), impuesto por Ricimero, representaría un último intento, aunque sin éxito, de restablecer la dignidad imperial al combatir a francos, visigodos y vándalos.

El destronamiento de Rómulo Augústulo en el año 476 por su antiguo protector Odoacro ponía fin a cualquier nuevo intento de restauración del Imperio romano de Occidente. El caudillo hérulo remitió a Constantinopla, la «Segunda Roma», las insignias imperiales en señal de acatamiento al único emperador con poder efectivo que quedaba, Zenón, con el deseo de seguir ejerciendo el poder militar en la parte occidental mientras que la clase senatorial italiana mantendría la administración civil. Pero el futuro del panorama político en Occidente iba a ser otro. Desde el año 481, los francos, hasta esos momentos un pueblo de segunda categoría, se lanzarían desde su núcleo de Tournai a ocupar un puesto fundamental en la Galia. Su protagonista fue Clodoveo (482-511), quien acabó con los restos del dominio romano en la zona tras su victoria en el 486 sobre el duque galorromano Siagrio, y su posterior conquista del área entre el Somme y el Loira. Por su parte, los ostrogodos, bajo el mando de Teodorico el Grande (493-526) se asentarían en Italia con el propósito de crear una entidad política basada en un sistema de alianzas de los pueblos germánicos para luchar contra Bizancio. La creación de estos nuevos reinos y la puesta en marcha de sus proyectos, de mayor o menor éxito, lograrían que el perfil de Europa fuera distinto a partir del siglo VI.

Bibliografía

- Bravo, G. (coord.) (2001): *La caída del Imperio romano y la génesis de Europa*, Madrid.
- Bussagli, M. (1998): *Atila*, Barcelona.
- Dawson (1991): *Los orígenes de Europa*, Madrid.
- (1962): *Il Passaggio dall'Antichità al Medioevo in Occidente*, «IX Semana de Estudios Altomedievales de Spoleto».
- Marrou, H. I. (1980): *¿Decadencia romana o Antigüedad tardía? Siglos III-IV*, Madrid.
- Mazzarino, S. (1961): *El fin del Mundo Antiguo*, México.
- Musset, L. (1973): *Las invasiones. Las oleadas germánicas*, Barcelona.
- Remondón, R. (1971): *La crisis del Imperio romano. De Marco Aurelio a Anastasio*, Barcelona.
- Sanz Serrano, R. (1995): *Las migraciones bárbaras y la creación de los primeros reinos de Occidente*, Madrid.
- Simón, M. y Benoit, A. (1972): *El judaísmo y el cristianismo antiguo*, Barcelona.